

TRES

Uno.

Desempolvo la última fotografía de la caja y casi ni me doy cuenta de que estoy a punto de desechar la que probablemente, sea la única foto que aún conservo de los tres. Me ajusto las gafas de ver de cerca, esas que han dado ancianidad y sabiduría a mi rostro a partes iguales desde hace un tiempo. Las detesto con toda mi alma. Efectivamente, somos nosotros tres, bañados por la luz del verano del 61'. O era del 62? Instintivamente, le doy la vuelta a la fotografía y encuentro un 61' escrito en rotulador azul. Es una bonita costumbre que poco a poco vamos perdiendo, pero que en el 61' estaba muy de moda. Igual que los pantalones cortos estampados de cintura alta que lleva ella. O mi blusa de seda arremangada y abierta. Creo que se me sale un pezón. De nuevo, vuelvo a ajustarme las gafas de cerca, pero es imposible verlo con claridad. Él luce con gracia un sombrero de paja que no recuerdo y guiña un ojo protegiéndolo de los rayos de un sol de mediodía, de un mediodía del 61'.

Me sirvo un poco de ginebra. Quizás medio vaso. Hoy en día está muy mal visto que una mujer mayor beba a solas. Pero si estoy a solas nadie me ve y por tanto, no existe. Sólo cuando alguno de mis dos hijos viene a verme queda patente que su madre que vive sola, bebe sola, y eso está muy mal visto. Los odio. Si pudiera volverlos a hacer, creo que no los haría, pero ahora me parece que ya es demasiado tarde. Que le den por culo. El vaso entero. Bebo y miro la foto pintada con ese sepia nostálgico que sienta tan bien al pasado. Todos mis recuerdos felices son en sepia. La mierda viene en

technicolor, como las fotos de comunión de mis hijos normales, buenos, estudiosos, casados, heterosexuales, inteligentes, ambiciosos, solidarios con el tercer mundo, ecologistas, uno vegetariano, casi abstemios excepto por el gran reserva, triunfadores, compasivos, bien hablados y dichosos en el amor. Los odio. Pero en esa fotografía aún no existían. En ese verano del 61' sólo existíamos nosotros tres y un turista americano que nos hizo la foto frente al pajar. Eso lo recuerdo bien y me alegro de no estar aún senil y de que la ginebra no me haya subido tanto a la cabeza como esperaba. Sonríe mucho y estoy increíblemente morena. Me brilla la piel de color sepia. Ella está preciosa, alucinante, como lo estuvo siempre hasta que se marchó y ya no era verano y se habían puesto de moda unas chaquetas de pana horribles y volvían las faldas del tul. Y ninguno de los dos se planteó encontrarle substituta, ninguno de los dos nos volvimos a dirigir la palabra la mañana de invierno en que ella se marchó para no volver a darle la espalda a ese pajar, bajo aquel sol de mediodía, frente a un turista americano que nos hacía la foto mientras preguntaba cómo llegar al pueblo.

Cuando le conocimos yo ya estaba embarazada del hijo que nunca tuve, que nunca quise y que probablemente hubiera sido el mejor hijo del mundo, maltratado por la vida y por una madre que no deseaba más que vivir y desembarazarse de él. Un hijo que me hubiera odiado tanto que hubiera terminado por quererme y beber ginebra conmigo. Pero yo no lo sabía. Cuando lo conocimos en la fiesta mayor yo no sabía que estaba embarazada, nadie lo sabía. Tampoco es que sea muy importante, pero de un tiempo a esta parte pienso mucho en ese hijo que nunca quise tener, y que me quitó de encima como quien corta la mala hierba para hacerse el jardín a medida. Pero era el 61' y a mí empezaba a gustarme la vida. A ella también. Recuerdo que las dos llevábamos vestidos muy ceñidos que provocaban las miradas de desagravio de más de uno y de una. Pero era un pueblo lo suficientemente pequeño para que la cosa no trascendiera y lo

suficientemente grande para ignorar al mundo y su puta manía de llevar faldas por debajo de la rodilla y escotes por encima del cuello. Nosotras queríamos follar, porque lo habíamos descubierto pronto, y nos encantaba.

Llaman a la puerta y en un principio no me inmuto. Nadie llama nunca a la puerta. Él nos coge a las dos por igual, pasando sus brazos por encima de nuestros hombros, apretándonos con fuerza contra su pecho. Ella contrarresta el abrazo enlazando con la mano su cintura. Yo le cojo de la muñeca que cuelga sobre mi clavícula. Vuelven a llamar. Dudo si esconder la foto, la ginebra o ambas antes de abrir. Pero ahora el alcohol ya me ha subido a la cabeza y no puedo pensar con fluidez. Observo a mi alrededor, todo está hecho un asco. Hoy pretendía hacer limpieza de un armario que estaba a punto de explotar por la presión. Pero soy pésima con el orden. Me he pasado la mañana entre viejos libros, viejas fotos, viejas cartas llenas de paisajes imposibles y promesas sin valor alguno. Viejos cómics y diarios y apuntes con faltas de ortografía. Lo tengo todo cubriendo el suelo que hace dos semanas que no barro porque se me olvida. Voy hacia la puerta con la fotografía y el vaso de ginebra en la mano. Se me ha olvidado qué es lo que tenía que esconder.

Unos jóvenes excesivamente trajeados para la época del año en la que estamos, otro verano, con sus mediodías y sus rayos de sol fulminantes, esperan tras la puerta. Llevan libros negros bajo el brazo y sonríen agarrotados, como si Satán les estuviera pinchando el culo con el tridente para hacerlo. Debo de resultarles tan estrambótica como me lo parecen ellos a mí. Me da por pensar que podrían ser mis hijos y se me escapa la risa sin poder evitarlo. Quieren hablarme de Dios. Les escucho pacientemente anunciarme su llegada mientras me acabo a sorbitos cortos el vaso de ginebra. Luego les doy con la puerta en las narices y vuelvo tambaleándome ligeramente a mi butaca, de dónde nunca debí haber salido.

En el verano del 61' bebíamos mucho. La primera noche sin embargo, la borrachera no era tan considerable. O tal vez sí, y es la excusa que pongo para que parezca que todo lo decidimos a conciencia, sin estímulos externos. Fumábamos mucha hierba entonces. Puede que también influyera. Él se apoyaba en la barra de mentira que había montado la comisión de fiestas y contemplaba el panorama con media sonrisa. Me gustó mucho. Parecía no importarle una mierda nada, pero al a vez, daba la impresión de ilusionarse por todo. Cuando nos acercamos nos acogió entusiasmado, se acabó su bebida de un trago y mandó al camarero poner tres más de inmediato. Pasamos la noche levantando los volantes de nuestros vestidos y abrazándonos mutuamente hasta caer al suelo. Definitivamente aquella noche íbamos muy borrachos y nos echaron relativamente pronto del baile. Tomamos el camino que lleva al bosque por inercia, o porque él lo sugirió. Nunca podré saberlo y eso que se lo preguntamos innumerables veces y siempre respondía con un mordisco y media sonrisa. La verdad es que lo hizo muy bien. Hizo que todo pareciera idea nuestra cuando sabía al milímetro lo que iba a pasar en cada momento. Le adorábamos.

Ahora no sé bien de dónde salió aquel pajar, pero creo que pasamos allí la noche. Era uno de los últimos días de verano, extremadamente caluroso y calmo. Precedía a una tormenta vespertina que ya anunciaba la llegada de tiempos peores. Porque ella se marchó con el frío y nunca volvió a hacer tanto calor entre nuestros cuerpos. Creo que estoy llorando ginebra. Los chavales que anunciaban a Dios prueban con las casas vecinas y me parece oír como los echan a patadas. Hoy en día nadie quiere escuchar hablar de Dios un domingo por la tarde. No quiero que pase nada más. No quiero hacer la cena, ni esconder la botella de ginebra, no quiero acabar de ordenar el armario, ni recibir a mis hijos en technicolor. Dejo la fotografía a una distancia prudencial y la miro desde lejos. Sin gafas. Se me ve un pezón, el izquierdo, y a pesar de que le cojo la

muñeca que cuelga de mi clavícula, él trata de llegar a mi pecho con sus dedos. Podría ser un buen momento para masturbarme, pero últimamente no tengo buena suerte ni con eso. Siempre ocurre algo en el mejor momento. Me había pasado tardes enteras del verano del 61', compartiendo orgasmos interminables. Especialmente cuando nos bañábamos desnudos en el lago y los dos decidían hacer de ese día el día de mi cumpleaños y regalarme todas las corridas del mundo. A mí. Sólo a mí. Y luego ella descansaba sobre mi pecho, sobre mis pezones que la amaban y él apoyaba su cabeza en mi bajo vientre y recogía mis piernas con su brazo de chocolate, mientras relamía en mis dedos las sobras de la batalla. Me enciendo un cigarrillo. Tampoco puedo fumar, porque está muy mal visto que una mujer mayor fume. Pero también lo hago sola, y entonces no existe. Lo enciendo con una cerilla que parece arder eternamente. La alejo de mí y la llevo junto a la fotografía. Prendo el lado izquierdo y las llamas devoran el papel con ansia. Ella es la primera en desaparecer, como es lógico. Luego él empieza a fundirse entre destellos azules y naranjas. Por un segundo parece que el fuego va a detenerse, que no va a llegar a mí, que me va a dejar ahí. Que no me va a engullir con su lengua intermitente. El pulso se me acelera y busco a tientas la botella de ginebra. Pero el fuego avanza y consume ese verano del 61' hasta dejarlo hecho cenizas.

Dos.

Manifiesto de un verano fugaz a tres bandas.

1. Cada rincón es una gruta, cada espacio a oscuras, una oportunidad. Vamos a lamernos la piel hasta que no queden poros secos. *¡¡¡Y vamos a inflarnos a chocolate y pan con queso!!!! (¡¡Mateo dixit!!)*

2. Queda prohibida la envidia, jugar a la rabia o marear la perdiz. No se permiten la falta de besos ni las lenguas huidizas. *Quiero besos en el cuello, en los brazos en los pies, en las manos, en la boca, en el recorrido que va desde la nuca hasta mi culo, ¡¡¡QUIERO BESOS!!!. (Tendrás besos y pan con queso)*
3. Vamos a sorber la vida a tragos enormes y que le den por culo (*¡A MI TAMBIÉN!*) a quién crea que en el tarro pequeño se guarda la mejor confitura. Nos vamos a comer todos los tarros de mermelada del mundo hasta demostrar lo contrario. *Ergo, nos vamos a comer todos los tarros del mundo, nos vamos a comer todos el mundo, nos vamos a comer todos. Nos vamos a COMER. Tengo hambre.*
4. Se exigen baños de luz sobre cuerpos desnudos por las mañanas (*¿Oye y si llueve, qué?*). Se requiere dormir cada día en un lugar diferente, que no queden rincones en el pueblo que no lleven nuestros nombres grabados. (*Si llueve nos mojamos, capullo*)
5. Vamos a quemar la ropa interior porque no nos gustan los obstáculos (*¡A mi sí!*). Vamos a subirnos a los árboles y a tirar piñones a los caminantes. *Mar puede llevar las bragas que le agujereamos siempre que quiera. (¡Eso está mucho mejor!)*
6. Vigilaremos la luna para que no se escape. Haremos el amor a la luz del día para vernos los ojos, la lengua y los dientes. Ya dormiremos mañana. (*Si Alex, la princesa, se duerme la pondremos boca abajo y le lameremos la espalda hasta que despierte repartiendo besos y ostias a partes iguales*) *¡¡Sííí!!*
7. Los Tres. *Mosqueteros. Tenores. Cerditos (¿y el lobo?)*

Alex, Mateo y Mar

Tres.

27 de Agosto de 1961

Buceamos bajo la luz de la última farola, esa que indica que el pueblo se acaba. Mateo ha subido a Mar a *coscoletas*. Yo doy vueltas sobre mi misma y observo la sombra giratoria que proyecto. Se detienen frente a mí. Mateo saca la lengua y yo le propino un buen lametón. Mar acerca su boca divertida pero pierden el equilibrio y caemos con elegancia al suelo. No puedo parar de reír. Últimamente terminamos siempre así. Miro a Mar que ha quedado encima mío. Está preciosa. Lleva una horquilla con una flor verde en el pelo. La beso agarrando sus labios entre mis dientes. Mateo se levanta dolorido y se quita el polvo de los pantalones. Observa la escena con ternura. Mar introduce su mano en mi blusa color carne. Él empieza a escalar la última farola del pueblo e imitando a un grumete, grita:

- ¡Tierra a la vista!

Separamos nuestros cuerpos y nos incorporamos para mirar el espectáculo. Le brillan los ojos más que nunca.

- ¿Qué ves, marinero?- pregunto mientras ayudo a Mar a levantarse del suelo.

Mateo pega un salto.

- Vamos.

Corremos como locos por el camino. Llevamos los zapatos en la mano, jugamos a perseguirnos. Se nos ha acabado el alcohol. Mar ve una ardilla. Le encantan estas cosas del bosque que aparecen y desaparecen. Va tras ella. Mateo me mira. Lleva el vicio tatuado en las pupilas desde el principio del verano. Yo juego siempre a lo mismo, de reojo, sonrío maliciosa y miro al frente. Él se va acercando y gime con voz grave. Me rodea el cuello con los labios hasta que consigue detenerme. Me aprieta la cadera y me

lleva hacía él. La noche es fresca. A lo lejos, Mar grita a la ardilla que parece haber desaparecido. Aburrida, nos lanza piedras pequeñas que no llegan a tocarnos. Empezamos a perseguirla y ella corre gritando de placer. Es verano y el cielo negro hace justicia a una luna rechoncha que nos observa.

- Ya casi estamos – Mateo entrecierra los ojos para intentar ver mejor en la oscuridad. Nos rodean campos de cereales, pero en medio de uno de ellos parece haber una especie de casa.
- ¿Es un establo? – Mar tiene sus dudas.
- Es un pajar – y lo he adivinado. Mateo sonrío.
- Sin caballos – Mar quiere asegurarse.
- Lo prometo.

Nos dirigimos hacía allí saltando entre las espigas que nos rozan la piel. Me detengo un segundo a descansar, entre tanta carrera se me ha revuelto el estómago. Mar viene a buscarme.

- ¿Estás bien?
- Sí, sí... - me aprieto el vientre por debajo del ombligo. – No es nada.
- ¿Aún te duele? – Marcos ha llegado hasta dónde estamos y tiene una expresión ligeramente preocupada en el rostro. Hace dos meses que lo noto igual.
- Ya me dijeron que me dolería durante un tiempo – Sonrío, los pinchazos se han detenido. Echo a correr hacia el pajar
- ¡Te vamos a comer! – vienen tras de mí.

Nos desnudamos con ansia, yo pierdo un par de botones de mi blusa. Ninguna de las dos lleva sujetador. Me encantan los pantalones de Mar. Descubro su sexo al bajarle la cremallera y empiezo a jugar con mi lengua mientras Mateo mantiene su boca ocupada. Luego se aleja porque también le gusta vernos. Me retiro a descansar, dejo que ellos

empiecen. Los adoro. Entra algo de luz por un ventanal alto y sus cuerpos gigantescos en sombra se dibujan en la pared. Descubro la paja en un altillo. Subo la escalera de madera y empiezo a lanzársela. Nievan hilos dorados sobre los amantes. Sobre mis amantes. Aún no he bajado y Mateo ya me está agarrando de la cintura y cogiéndome en brazos. Nos disfrutamos. La paja no ha sido tan buena idea. Se clava en todas partes. Acabamos de pie, unos contra otros, contra la pared. Mar se ha olvidado de los caballos y de las ardillas y ahora sólo está pendiente del sexo de Mateo. De repente se aparta, ha tenido una idea. Desaparece.

- ¿A dónde vas? – pregunto justo a tiempo, antes de que Mateo interrumpa mi boca con su lengua.
- He cogido la cámara – no distingo a Mar en la oscuridad pero su voz me llega con claridad.
- La cámara...

La habitación es oscura, y sabemos que en las fotos apenas se podrán adivinar nuestros cuerpos entre la paja, pero nos da igual. Empieza Mar, y nos la vamos pasando hasta que nos hartamos de ella y la dejamos olvidada en algún rincón.

Descansamos como siempre, con Mateo en medio de las dos. Pasa su brazo por mi vientre y lo acaricia.

- ¿Cómo te encuentras, Alex? – Mar se ha fijado en el gesto y me mira con esos ojos enormes que ahora son grises y amarillos, casi sepia.
- Mejor que nunca – miro hacia la ventana por donde entran los rayos de esa luna que no ha parado de observarnos.

Mateo nos recoge con fuerza y probablemente en algún momento caemos rendidos en un sueño profundo. Nos despierta el sol del mediodía. Tenemos todo el tiempo del mundo. Tenemos todos los besos del mundo, toda la saliva que haga falta. Pero tenemos hambre, mucha hambre, porque hemos descubierto este verano que follar da hambre de pan con queso. Buscamos nuestra ropa por todo el pajar e intentamos, sin demasiado éxito, sacar las briznas doradas de nuestras vestimentas. Mateo divisa un gorro hecho con la misma paja que nos ha cubierto toda la noche, colgado en la puerta. Mar coge la cámara y comprueba con una sonrisa que aún quedan dos o tres fotos en el carrete.

De día, el lugar parece mucho mejor, más seco, más tostado y crujiente. Abandonamos el pajar y nos dirigimos hacia el camino atravesando el campo de cereales que se tiende ante nosotros. Él ha cogido el sombrero que había colgado en la puerta. Se lo coloca medio torcido en la cabeza y me sonrío divertido. Me arremango ligeramente la blusa. Un hombre muy alto y tan rubio que se confunde con el campo pasa por delante nuestro casi sin advertimos. Somos la presencia invisible más feliz de la tierra. Mar lo llama a voces. El hombre tarda en darse cuenta de que es a él a quien gritan. Es inglés. Bueno, americano. Busca el pueblo. Ella le tiende la cámara y los tres nos colocamos muy juntos. Mateo guiña el ojo protegiéndolo de un maldito sol de mediodía. El turista americano hace la foto mientras nos pregunta cómo llegar al pueblo. A mi se me sale un pezón de la blusa y me doy cuenta. Mateo también. Trata de alcanzarlo con los dedos mientras sonrío a cámara.